

Noticias sobre su vida

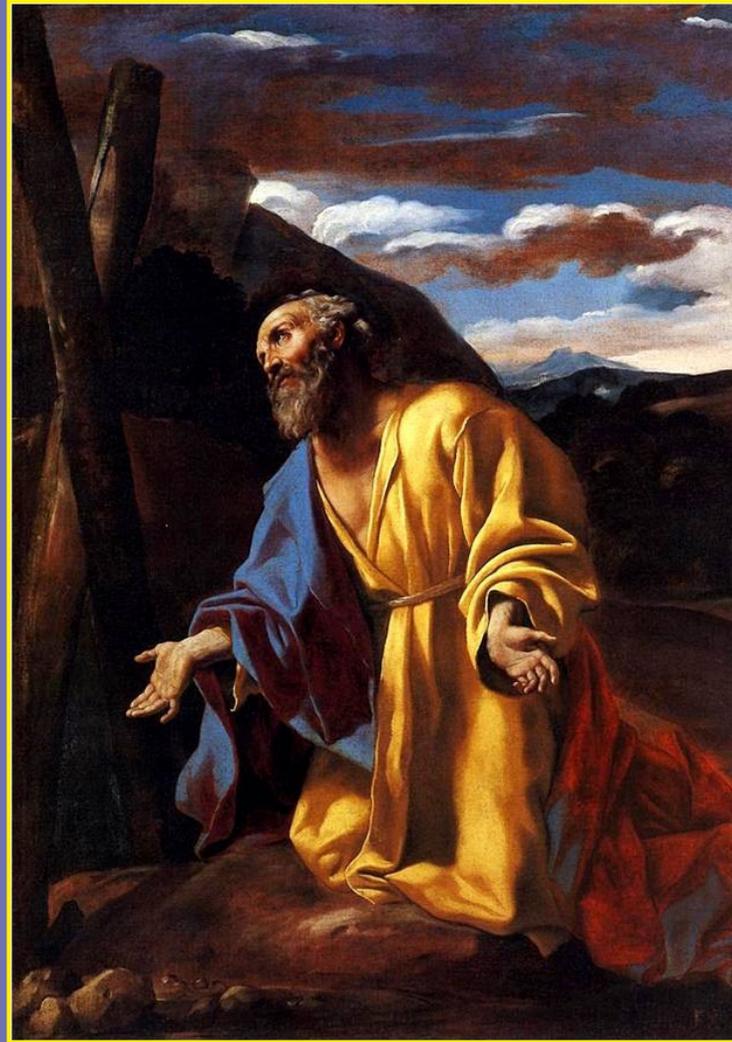
Hermano de Simón Pedro y nativo de Betsaida, junto con él es llamado al seguimiento de Jesús: «Paseando (Jesús) junto aliaga de Galilea, vio a dos hombres: Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, echando la red en el lago, pues eran pescadores. Y les dijo: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres»» (Mt 4,18- 20; Mc 1,16-18; cf. Lc 5,1-11).

A continuación lo encontramos en el grupo de los doce apóstoles, en el segundo lugar en la lista de Mt (10,2- 4) y de Lc (6,14-16), en cuarto lugar en Mc (3,13-18) y en He (1,13-14): signo, este, del prestigio particular de que gozaba entre la comunidad primitiva. Según Mc (13,3-4), con su hermano Pedro, Santiago y Juan pregunta a Jesús «cuándo» iba a suceder la destrucción del templo de Jerusalén. Sobre todo el evangelio de Juan señala su intrepidez y también su autoridad. Lo encontramos primero en la escuela del Bautista, el cual, al entrevistarse con Jesús, que había venido a recibir su bautismo, lo proclama «el cordero de Dios» (Jn 1,36). Habiendo intuido, de algún modo, el sentido mesiánico de estas palabras, dos de sus discípulos se fueron con Jesús, «vieron dónde vivía y permanecieron con él aquel día» (Jn 1,37-39).

Ahora bien, «uno de los que había oído a Juan, y se había ido con Jesús, era Andrés, el hermano de Simón Pedro» (Jn 1,40). Andrés encontró a su hermano Simón y le dijo: «Hemos encontrado al Mesías (que significa el Cristo). Y se lo presentó a Jesús» (Jn 1,41-42). El otro de los dos discípulos carece de nombre, pero sería Juan, el autor del cuarto Evangelio. Atendiendo, pues, al relato de Juan, Andrés es el «primer» apóstol llamado al seguimiento de Jesús: por eso la liturgia bizantina lo llama el «primer llamado». En las sucesivas disputas de Bizancio con Roma acerca del primado de Pedro se hizo a menudo referencia también a este título para reivindicar una autonomía propia por parte de aquella Iglesia: ¡es Andrés el que lleva a Pedro a Jesús!

La tradición sucesiva nos ha legado abundantes noticias sobre su apostolado, sus milagros y en especial sobre su muerte. Predicó en el Ponto, Bitinia, Escitia, Tracia y por fin en Grecia. Aquí, en Patras, fue crucificado en una cruz aspada, es decir transversal, que por ello recibe el nombre de «cruz de san Andrés», en tiempos del procónsul Egea, asemejándose así, incluso en la clase de muerte, a su hermano Simón.

Sus reliquias fueron primeramente trasladadas a Constantinopla en tiempo del emperador Constancia (356), y en el s. XIII a Amalfi; la cabeza fue llevada a la basílica de San Pedro en el Vaticano (1462), para ser custodiada junto a la tumba de su hermano. El 23 de junio de 1964 Pablo VI anunció la restitución de la reliquia al obispo metropolitano de Patras como signo de unión con la Iglesia ortodoxa, en la cual san Andrés es muy venerado.



Himno de Vísperas

En conocer a Jesús
tú fuiste, Andrés, el primero,
Juan te señaló al Cordero,
tú le seguiste a la cruz.
Como un reguero de luz,
a Cristo evangelizando,
tu vida se fue sembrando
para cosechar después
gavillas de rica mies,
nuevas Iglesias fundando.

De Cristo amigo cercano,
predicas desde tu cruz.
«Queremos ver a Jesús»,
llévanos tú de la mano,
como llevaste a tu hermano
de sangre y de santidad,
conduce en la caridad
a las Iglesias de Oriente,
llévalas hasta la fuente
por caminos de unidad.

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.
Amén.

Elogio de S. Juan Crisóstomo a San Andrés

Andrés, después de haber estado con Jesús y haber aprendido de él muchas cosas, no guardó para sí este tesoro, sino que se apresuró a acudir a su hermano, para hacerle partícipe de su dicha. Fijémonos en lo que dice a su hermano: «Hemos encontrado al Mesías» (traducido, quiere decir «Cristo»). ¿Te das cuenta cómo empieza, ya desde este momento, a enseñar lo que en breve tiempo había aprendido? Con ello demuestra la eficacia del Maestro, que tan convencidos los había dejado, y su propio interés y diligencia, manifestada ya desde el primer momento. Este mensaje, en efecto, es propio del alma que anhela ardientemente la llegada del Señor, que espera su venida del cielo, que se llena de gozo con su aparición y que se apresura a anunciar a los demás algo tan grande. Ésta es la prueba del verdadero y sincero amor fraternal, el mutuo intercambio de bienes espirituales.